

El liceo español era para mí a la vez algo familiar y algo desconocido. Familiar porque mis hermanos mayores efectuaron allí toda su escolaridad y pasé mi infancia oyendo los comentarios que de él hacían. Desconocido porque era el mundo de los mayores y de las incógnitas. Cuando decidieron sacarme del colegio francés, llegué al liceo español con alivio pero no sin cierta aprehensión. Esta última sensación no tardó en desvanecerse. En efecto, había sido propulsada en un microcosmo en el que reconocía a mis pares, en el que por fin ME reconocía. Por primera vez mis compañeros se parecían a mí, teníamos todos la misma nacionalidad, pertenecíamos todos a la misma clase social, llevábamos en común la historia migratoria de nuestros padres y hablábamos todos el mismo idioma! Por un efecto que aún no me explico, yo que siempre había hablado español en casa y francés en la escuela, ahora que la lengua escolar se volvía el español, me puse a hablar francés en casa... Esta revolución lingüística y social provocó en mi personalidad un devenir un cambio radical: me puse a estudiar seriamente y con deleite. El ir a clase se volvió un verdadero placer. Ya no me costaba levantarme por la mañana tanto más cuanto que el horario, respecto al colegio francés no era el del alba y por la tarde me marchaba pensando en el día siguiente. Yo que vivía a 15 minutos andando, envidiaba a los compañeros que cogían juntos el metro o el autobús y los imaginaba prolongando las risas, las conversaciones, la alegría. Como susodicho, yo llegaba del colegio francés pero la mayoría provenía de la Rue de la Pompe donde habían cursado E.G.B. y a pesar de conocerse ya todos, la integración de los nuevos se hizo naturalmente. Nuevos eran también aquellos que habían estudiado en el Château de La Valette y que a la par descubrían la vida parisina y las chicas, género humano éste totalmente desconocido en dicho internado masculino.

¿Alegría decía? Sí, es el sentimiento que conservo de aquella época y no creo que corresponda sólo al periodo de la primera juventud, sino que, mucho influía el entorno en el que nos encontrábamos. En este rincón de España

descubrí la camaradería, el buen humor, la diversión, la fiesta, tan genuina de nuestro país. Así, el equipo directivo, con el Señor Pradillo a la cabeza y el Señor Alonso como jefe de estudios, ponía a nuestra disposición el comedor los sábados por la tarde para que hiciéramos guateques. Duró esto varios años hasta que los vecinos acabaron por quejarse y ¡se nos agió la fiesta! ¿Por qué haberse complicado la existencia abriéndonos el liceo el fin de semana? Creo sencillamente que nuestros profesores eran conscientes de los pocos recursos económicos de que disponíamos para salir en una ciudad como París y optaron por permitirnos hacer fiestas evitándonos así el andar golfeando fuera, porque si de golfeo se trataba, por lo menos, que quedara en familia. Más adelante, surgieron lugares de reunión como la casa de España en la rue Quentin Beauchard a la que íbamos andando después de haber dado una vuelta por Trocadero. Allí también hicimos algún que otro guateque antes de que fuera recuperada por el muy serio Instituto Cervantes. Al Cala en la rue de l'Arbre Sec iban los domingos por la tarde los más liberados mientras las niñas serias se quedaban con papá mamá y se conformaban con escuchar los comentarios durante el recreo del lunes. Otras mentían y, con la propina para ir al cine, se iban a bailar. Un poco después fue la época del Local République y el famoso Tomás que para mí siempre fue una incógnita. Sabía que dicho señor impartía clases particulares abarcando todas las asignaturas sin jamás conseguir conocer sus tarifas ni su modo de funcionamiento ya que los alumnos se presentaban de forma totalmente aleatoria. Dejando de lado estas consideraciones, el local era un lugar extraordinario con su bar y su discoteca. En los años 80, se volvió la cita ineludible de la hispanidad parisina. No obstante, no puedo cerrar este capítulo sin evocar el acontecimiento que esperábamos todo el año: ¡el Festival!

Los festivales tenían por objeto financiar parte del viaje de estudios, con lo cual, les tocaba a las clases de 3º de B.U.P. organizarlos. Casi más que el festival, merecían la pena los ensayos. A partir del mes de noviembre

ocupaban todos nuestros recreos después de haber conjeturado sobre las diversas actuaciones, los encadenamientos, la organización. A medida que la fecha se aproximaba, íbamos entrando en un estado de euforia difícil de contener. ¡Cuántas carcajadas! ¡Cuántas emociones! El festival del 13 de diciembre del 81 fue particularmente exitoso, desde las coreografías funkies orquestadas por nuestro Rocky nacional, hasta las comedias en las que Bergantiños fue la vedette, pasando por mi ballet rock que dejó a mi profesora de gimnasia, Maite, atónita, ella que nunca me había visto asistir a la más mínima clase por estar exenta de su asignatura... A pesar de tener un magnífico salón de actos, la promoción para nuestro festival había sido tal, que su capacidad resultaría insuficiente, con lo cual, cerramos el patio cubierto por medio de lonas y allí instalamos las sillas para nuestras familias que se pelaron de frío durante toda la representación. Ahora sí, los aplausos fueron tantos que por lo menos se calentaron las manos. El semestre que siguió fue marcado por los interminables comentarios y recuerdos de ese día en que, por un instante creímos ser estrellas, si no del Liceu, al menos de nuestro liceo español. Los beneficios del festival se concretizaron en un fabuloso viaje a Grecia donde supimos conjugar cultura y diversión. Para muchos de nosotros fue ocasión de un bautismo del aire. Grecia fue durante numerosos años el viaje tradicional pero en los años que siguieron, modificaron los destinos, yendo por ejemplo a lo que, en aquella remota época, era Yugoslavia. Debemos agradecer al liceo español habernos permitido viajar y abrirnos a la cultura. Haré una mención especial para la profesora de Historia, Clara Barreiro, que siempre tuvo a bien hacernos descubrir los museos parisinos, llevarnos a Venecia o a Holanda, mostrando siempre gran entusiasmo por el patrimonio cultural. Es imposible citarlos a todos, tanto más cuanto que personalmente, sólo conocí a los profesores que me tocaron durante los cuatro años que estudié en el liceo, pero conservo un recuerdo especial y afectuoso de Don Jesús Alonso, el profe de matemáticas. Quizás justamente porque yo

odiaba esta asignatura y, sin embargo, siempre fue un inmenso placer asistir a sus clases porque rara era la vez que no nos hacía reír, así, poco a poco, fueron entrando las dichas matemáticas. Siempre en el campo de las ciencias, el Señor Matutano y sus dibujitos en los cuadernos que aún conservo, era experto en vigilancia poniéndose gafas de sol para que no viéramos a dónde dirigía su mirada y así poder pillar mejor las chuletas. No carecía tampoco de humor y, recuerdo el día en que nos estaba explicando la dilatación de los metales, para que comprendiéramos mejor nos dijo: “Cuando viajáis en tren, podéis ver cómo se dilatan las vías”, y mi compañero de banquillo cuyo nombre callaré de preguntar: “¿Y si viajamos en avión?”, a lo que Matutano contestó: “¿!Y si viajamos en submarino?!”. Quisiera pedir un perdón general a todos los profesores de francés que por el liceo transitaron. El conseguir destino en el liceo español era un privilegio y puedo fácilmente imaginar el entusiasmo de los profesores de francés cuando se enteraban de que les había tocado París. Evidentemente, no podían suponer de antemano lo que les esperaba. En efecto, hablábamos todos francés sin dificultad y sin el más mínimo acento, con lo cual, la clase de francés era para nosotros una hora de recreo. Si al principio, trataban de hacernos trabajar, pronto abandonaban por imposible. Éramos perfectamente bilingües y gustábamos de jugar con los idiomas creando a sabiendas hispanismos, así, se volvieron vocablos comunes entre nosotros, “le pouèble”, “j’ai aprobé” o “tu t’agouinte” por sólo citar unos ejemplos. Si nosotros hacíamos de intención el mezclar en una única frase dos palabras en francés y tres en español, no era el caso de los profesores que habían llegado a Francia ya adultos y que no manejaban el idioma. Así, encontrándonos un día en un bar, entró con su hijo y otros compañeros uno de los profesores de física y acercándose a la barra, pidió con acento español: “Yé vudré un ver de ban y un coca pour le cheval”. Os dejo imaginar la reacción del camarero... ¡Ay los bares de Levallois! Les Vieux, Chez Marinette, lugares emblemáticos de reunión después de la clase, o durante,

según si se hacían novillos o no; algunos iban también durante el recreo, otras, las más modositas, se quedaban charlando en el calor de las aulas con María Antonia, la más pintoresca de las bedeles.

Y así transcurría el año, puntuado por las cinco evaluaciones, el regocijo, una vez terminadas éstas, los fines de semana, las vacaciones en España con su respectiva nostalgia hasta que pillábamos de nuevo el ritmo del cole. Recuerdo que en 1º, Matilde nos hablaba de la nueva Constitución pero creo que no éramos realmente conscientes del cambio que se estaba produciendo en una España en resumidas cuentas bastante lejana de nosotros que, en mayoría, sólo conocíamos “le puèble” del Bierzo, de Galicia o de Extremadura, tan ajenos a la supuesta movida madrileña que nos estábamos perdiendo por vivir aquí. No importa, la movida, la llevábamos dentro de nosotros, y, a nuestro modo, la recreamos en el liceo.

3º de B.U.P.: ¡por fin, la liberación! Adiós Señores Eugenio Vizuete, Manuel Paz y sus fórmulas que nos esperaban en septiembre después de un torturado verano. ¡Bienvenidos Enriqueta Fayola, José Conejo, Manuel Otero, Juan Piñeiro y Luis Alarcos LLorach! ¡Latín, griego, filosofía! ¡La felicidad! Mientras otros, a los que llamábamos cabezas cuadradas, la encontraban en física, química, biología y otras diabluras que por no entenderlas, nos daba, a los de letras, una extraña sensación de originalidad y estúpida superioridad.

En ese plan llegamos a C.O.U., no sin haber perdido a muchos por el camino. De las tres clases de 1º, quedaron dos, la de letras, y la de ciencias. Aquél año fue particular y no sólo porque la Selectividad se perfilaba y era menester darle más caña en las tres evaluaciones, sino porque el alumnado cambió. Acabo de evocar la pérdida de alumnos entre 1º y C.O.U., ya sea porque abandonaron los estudios, ya sea porque en época de grandes retornos, muchos emigrantes regresaron a España, y para compensar esa hemorragia, comprendí rápidamente que la dirección había tenido que valerse de estrategias para mantener los cursos. La campaña propagandística debió

hacerse por los institutos más privilegiados de Madrid porque aquél año llegó en masa un número impresionante de hijas de papá. Por supuesto, los chicos estaban encantados pero ya no fue lo mismo, ya no estábamos entre nosotros, ellas no hablaban francés... La emigración había terminado, entrábamos en una nueva era...

A menudo, y sobre todo en C.O.U., oía a mis compañeros criticar el liceo, quejarse de tener que venir a clase, de estudiar; yo en lo más profundo de mi misma, sabía que seguramente más tarde añorarían esos años. Era consciente de que estaba viviendo una época extraordinaria e hice todo lo posible para saborear plenamente cada instante en este liceo que pronto me tocaría dejar.

Selectividad. Despedidas. Intercambios de direcciones. Quedamos en contacto. Retorno. Universidad.

El primer año seguí yendo por el liceo porque todavía me quedaban amigos de los cursos inferiores; incluso participé en el festival de diciembre. Con los compañeros que habían regresado a España mantuve correspondencia algún tiempo hasta que los años y la distancia ganaron sobre nuestra mejor voluntad. En París los pocos que aquí quedábamos nos seguimos viendo pero el grupo se redujo paulatina e inexorablemente. Los unos porque también regresaron a España, otros porque se fueron a probar suerte a otros continentes y otros porque la vida les cortó el camino. Pancho Abilleira, Ester Ródenas, Aurora Santín que yo conociera. En cuanto a los profesores que también nos han dejado, Jesús Alonso, Elías Hernández, Fuencisla Velasco, Regino Pradillo, todos quedarán en la memoria viva del liceo porque este liceo español somos todos nosotros, todos los que hemos pasado por aquí durante ya pronto medio siglo. He evocado recuerdos personales pero cada uno tiene los suyos propios y el conjunto de todos son el testimonio de la memoria de nuestro querido liceo que os invito a preservar.